

Crónica de una tragedia anunciada: el Puente Pescadero bajo las aguas del capitaloceno y sus memorias simpoiéticas en el arte de re-existir

Chronicle of a tragedy foretold: the Pescadero Bridge under the waters of the capitalocene and its sympoietic memories in the art of re-existence.

Resumen

En el año 2018, el puente Pescadero, junto al cañón del río Cauca (Colombia), fueron inundados. Este territorio hace parte de la sedimentación de capas de la violencia colonial, que, en sucesivas oleadas histórico-políticas, al ritmo de fluctuantes ciclos desarrollistas, ha ido invadiendo las territorialidades pre-existentes, destruyendo paisajes y creando ruinas de “progreso”. También, en este territorio, la trama hidrocomunitaria se ha ido retejiendo pese a todo, haciendo rebrotar la vida y buscando nuevos cauces. En ese marco, este escrito ofrece un análisis de las lógicas expropiatorias en la era del Capitaloceno, con la imposición de obras, frente a las cuales las hidrocomunidades ribereñas y sus memorias se ven conminadas a re-existir. Para ello, primero, haremos una contextualización del cañón del río Cauca antes de la corta vida moderna del puente Pescadero, construido en 1963. Luego, reconstruiremos los sucesos de los '70 que, junto a la demanda energívora, detonó esta última oleada de despojo, pergeñada en los '90 bajo el fragor de la violencia político-paramilitar, y perpetrada en las dos últimas décadas con la imposición de la hidroeléctrica Hidroituango. El análisis busca dar cuenta de los trastornos sociometabólicos provocados por dicha obra. Finalmente, compartiremos los horizontes interiores del Movimiento Ríos Vivos, como urdimbre pedagógico-política empeñada en recrear la fuerza simpoiética de paisajes de convivencia.

Palabras clave: Aguas – Capitaloceno – Hidrocomunidades - Simpóiesis

Abstract

In 2018, the Pescadero bridge, next to the Cauca river canyon (Colombia), was flooded. This territory is part of the sedimentation of layers of colonial violence,

which, in successive historical-political waves, at the rate of fluctuating development cycles, has been invading pre-existing territorialities, destroying landscapes and creating ruins of "progress". Also, in this territory, the hydrocommunal web has been reweaving despite everything, making life re-sprout and looking for new channels. In this framework, this writing offers an analysis of the expropriation logics in the era of the Capitalocene, with the imposition of works, in front of which the riverside hydrocommunities and their memories are forced to re-exist. To do this, first, we will make a contextualization of the Cauca river canyon before the short modern life of the Pescadero bridge, built in 1963. Then, we will reconstruct the events of the '70s that, together with the energy demand, detonated this last wave of dispossession, concocted in the '90s under the roar of political-paramilitary violence, and perpetrated in the last two decades with the imposition of the Hidroituango hydroelectric plant. The analysis seeks to account for the sociometabolic disorders caused by this work. Finally, we will share the inner horizons of the Ríos Vivos Movement, as a pedagogical-political warp bent on recreating the sympoietic force of landscapes of conviviality.

Key Words: Waters – Capitalocene – Hydrocommunities – Sympoiesis

Introducción

Este texto hace parte del encuentro con el arte de escuchar colectivamente. Somos tres personas de distintas geografías, géneros y en distintas etapas de la vida, que nos dispusimos a escucharnos y escuchar lo que nos relata un puente. Decidimos abrir los oídos a lo inesperado, concentrarnos en descubrir esa palabra, esa historia y ese grito ahogado.

Por ello, este relato trata de la escucha a esos seres que se conectan, junto a los seres humanos, para dar lugar a la vida. De manera especial, escucharemos al puente Pescadero, ubicado en el cañón del río Cauca, en la región del norte de Antioquia, quien hizo parte de un entramado de vida que comunicó por siglos comunidades, permitiendo intercambios y vivencias. A tal fin, agudizamos los oídos a la experiencia cotidiana vivida y compartida de lxs afectadxs por la instalación de la hidroeléctrica Hidroituango y asociadxs al Movimiento Ríos Vivos. Estas hidrocomunidades cañoneras fueron quienes animaron primeramente al puente,

convivieron con él por generaciones, defendieron su permanencia digna en el territorio y, actualmente, consideran necesario mantener viva su memoria.

Esas memorias nos relatan que, durante su existencia, el puente vivió grandes transformaciones. Inicialmente, fue reconocido como el puente de Bejucos¹, elaborado nudo a nudo por los indígenas Nutabe y el cual existió hasta la llegada de los españoles (Duque & Espinosa, 1994). Luego, entre 1882 y 1886, fue reconstruido con hierro y madera bajo la exigencia de quienes tenían “la necesidad de civilizar y poblar” las tierras del cañón del río Cauca (Herrera Correa & Tejada Holguin, 2018). La última transformación fue la obra maestra de hierro de 1963 (Múnera López, 2018). Esta versión tuvo una vida corta, hasta el año 2018, donde fue inundado por el proyecto hidroeléctrico Hidroituango. En consecuencia, todas estas re-creaciones quedaron convertidas en ruinas, bajo la insaciable búsqueda de desarrollo.

Reconstruir la historia del puente hace parte de reconstruir la historia de los habitantes humanos y sus vínculos, sus rupturas y desarmonizaciones con el territorio, pero también las re-existencias de aquellxs que hoy lo añoran. Esta descripción nos permite reconocer esas capas de violencia colonial que se fueron superponiendo desde la conquista hasta nuestros días y que le suministraron un valor insignificante al puente, y, con él, a las otras vidas que coexistían, como los habitantes ancestrales, el bosque seco tropical (BST) y el río Cauca.

En el “acto de pensar” (Haraway, 2017) el puente y su vida alrededor, notamos que la mayoría de los registros aluden a la escritura del colonizador, lo cual no solo “encubre” sino que solapa acumulativamente las violencias y transformaciones que han generado en el territorio. Poder escuchar y escucharse entre los habitantes del cañón y traer al diálogo sus memorias, se convirtió en un “ejercicio colectivo de desalienación” (Rivera Cusicanqui, 2018). El mismo nos ha permitido leer el trasfondo de estos procesos de modernización donde las comunidades transitan un devenir complejo, atravesado por la dialéctica entre las re-existencias desde y hacia otros mundos, y los acechos de las regresiones coloniales, las que, bajo el influjo seductor del progreso, reactivan crónicamente las rutas globales del despojo.

Como antesala a la conversación directa y confidencial con el actor de este encuentro, haremos una primera reflexión sobre las aguas y los proyectos de infraestructura y acelerada obtención de energía que las estrangulan y desaniman,

convirtiéndolas en el agua moderna, suceso que no es ajeno al caudaloso río Cauca, Antioquia, Colombia. Por acciones capitalocénicas, las aguas del cañón, esas que veía pasar dinámicamente el puente, hoy lo ahogan, se pudren, co-generan maleza y, con ellas, se da muerte al vuelo de la guacamaya, la algarabía de los monos Tití, los baños de sol del Basilisco; ya no se aparece la madre monte y la sirena no encanta a lxs ambiciosxs. Estas situaciones, propias del engranaje moderno/colonial, irrumpen, despojan y se implantan, fagocitándose del dolor, la enfermedad y la tragedia. En un segundo momento, daremos lugar al encuentro con los tres puentes Pescadero y sus vínculos íntimos con los habitantes del cañón. Luego, profundizaremos en las rupturas sociometabólicas de las últimas dos décadas que las imposiciones modernas/coloniales han implantado. De manera especial, conoceremos esas fracturas violentas y abruptas que ha generado el proyecto hidroeléctrico Hidroituango. Para finalizar, reflexionaremos sobre los horizontes interiores que el Movimiento Ríos Vivos recrea desde la fuerza simpoiética de paisajes de íntima convivencialidad.

1.- El agua moderna y las presas hidroeléctricas

Correlativamente a la imprescindible centralidad que tienen en los procesos biofísicos, geológicos y atmosféricos de gestación y sostenimiento de la vida en la Tierra, a la complejidad, mutiescalaridad y multidimensionalidad de sus funciones ecosistémicas, las aguas son entidades que, al atravesar lo humano, adquieren configuraciones semióticas, simbólicas, espirituales, socioculturales y políticas, tan profundamente deslumbrantes como prácticamente inconmensurables. La constelación de sentidos, de evocaciones y reverberaciones religiosas, axiológicas, artísticas que las aguas han suscitado y co-creado a lo largo de la historia pluriversal de las formaciones sociales humanas, junto a los devenires y avatares de sus respectivas trayectorias de existencia, dan cuenta de un campo extraordinariamente vasto, de una riqueza y fecundidad estética, epistémica y económico-política tan desbordante, como necesaria y básicamente vital en los tiempos antropológicos y geológicos que habitamos.

En efecto, pese a que transitamos una temporalidad signada por la gravedad terminal de la crisis hídrica moderna (Shiva, 2003; Barlow, 2008; D'Souza 2008; Arrojo, 2010), el régimen de verdad dominante persiste en su histórica disposición (imperial) de negligenciar y *ausentar* (Souza Santos, 2009) semejante acervo de

sabiduría y creatividad vital existencial; la razón imperial (Worster, 2008) persiste en (mal)tratarlos y producirlos directamente como inexistentes, como carentes absolutos de utilidad y entidad. Hoy, como en los orígenes de esta crisis -como síntoma y catalizador de la misma- la humanidad entera se haya globalmente presa del *agua moderna* (Machado Aráoz 2010A; Tamayo Belda, Acosta y Carrasco Vintimilla, 2020).

Las aguas definen los cimientos de las civilizaciones. Y si hay algo que delinea, de modo prístino e inequívoco, a la cultura moderna, es el hecho de haberse constituido histórica, geográfica y políticamente como una *(in-)cultura de conquistadores* (Machado Aráoz, 2010B; 2020). Dentro de la noósfera de la modernidad, las aguas funcionan como mero *objeto (y medio) de conquista*. De hecho, “la conquista del agua” (Goubert, 1989) designa uno de los hitos fundacionales del *Nuevo Mundo*. El mundo moderno(colonial-patriarcal-capitalista) se constituye como tal a partir de un fenomenal acontecimiento ecológico-político que subyace y opera como condición de posibilidad de la llamada “Gran Transformación” (Polanyi, 2007). Nos referimos al gran *trasvasamiento hidroenergético* operado desde los circuitos hidrocomunitarios de reproducción de la vida hacia el nuevo ciclo hidrosocial de producción de mercancías y acumulación de valor abstracto. En esa genealogía, ya bastante antes que la bomba de Watt fungiera como dispositivo de conquista y control del agua para “reducirla al estado de sirvienta del fuego” (Gras, 2009: 73), el Cerro Rico del Potosí marcaría el origen de esa trayectoria, constituyéndose en el gran crisol mundial (el primer factor de la globalización) donde se fundía el *agua-vital* para convertirla en *agua-metal* (Machado Aráoz, 2014).

Ya desde el Potosí, la historia de la conquista moderna del agua tendrá en las presas y las obras hidráulicas una tecnología de poder de importancia determinante. Desde el siglo XVI en adelante y de modo incremental, no podría escribirse la historia del capitalismo y el colonialismo si se hiciera caso omiso de semejante tecnología. Sus efectos de poder se fueron haciendo cada vez más decisivos, con el avance del tiempo y del geometabolismo del capital. El historiador ambiental Donald Worster señala, al respecto:

El símbolo más destacado de esta conquista del agua ha sido el muro de contención o la represa de concreto, que constituye el principal ícono del progreso

en todo el mundo contemporáneo (...). Las grandes represas representan la bendición de la tecnología, el desarrollo económico y la modernidad. Aunque las represas han sido construidas a través de la historia -habiéndose aparecido las primeras en la antigua Mesopotamia-, fue durante los siglos XIX y XX que se convirtieron en uno de los símbolos claves del poder y riqueza europea (Worster, 2008: 165).

Para Worster, las presas hidroeléctricas son una pieza clave no sólo de la tecnolatría moderna de conquista (ilusoria, remarcaría Engels) de la naturaleza, sino un dispositivo del imperialismo occidental, cuya relevancia se ha hecho más decisiva aún en la fase poscolonial, cuando el discurso del desarrollo y la diplomacia de la deuda externa sustituyó las viejas formas del colonialismo por las de la colonialidad.

Y, en efecto, el agua moderna no puede dissociarse, ni material ni simbólicamente de las grandes presas hidroeléctricas; así como éstas sólo ganan todo su encanto y esplendor bajo el prisma del imaginario colonial desarrollista, y toda su eficacia como engranaje estratégico del sociometabolismo urbano-industrial. Las grandes represas no sólo alentaron la fantasía modernista del crecimiento sin fin y el “modo de vida imperial” (Brand y Wissen, 2021) como “fin de la historia” y destino universal del “progreso humano” (Kant y Hegel a Rostow y Fukuyama), sino que constituyen una tecnología imprescindible para la expansión de las “zonas de plantación”, para la provisión de energía a gran escala requerida para abastecer la siempre creciente demanda de los polos industriales, y para el abastecimiento de grandes urbanizaciones.

Las grandes represas, por esos motivos, producen *ipso facto*, la obsolescencia histórica y el “atraso natural” de las vidas rurales, de las culturas campesinas, de las bioeconomías entretejidas en paisajes multiespecies (Tsing, 2019) y tecnologías biomiméticas, como las acequias de pueblos, las cañas de bambú, los filtros de arcillas y de plantas sanadoras de las aguas. Formas de vida y saberes “tradicionales” son la antítesis de la modernidad(colonialidad). Ninguna de estas formas y de estas tecnologías puede dar abasto a los requerimientos hidroenergéticos del geometabolismo urbano-industrial. La superioridad, la eficiencia y hasta, incluso, la sustentabilidad de las grandes presas hidroeléctricas

se construye sólo a condición de dejar sumergida bajo el peso de su “necesidad” aquellas otras realidades y formas de lo posible.

Las presas hidroeléctricas producen agua moderna, no sólo porque son el medio por excelencia de abastecimiento del metabolismo moderno, sino porque su sólo diseño funciona como acto de exorcismo racional que libera a las aguas de cualquier espíritu o “representación” primitiva que las posea, que las piense y las tratan como algo sagrado, como algo más que como lo que “racional” y “científicamente” es: un recurso, cuyo valor está en directa proporción a su potencialidad de producir mercancías y al valor relativo de tales mercancías.

Como una ironía de la historia, el proceso de descolonización que se abrió tras la segunda gran guerra inter-imperialista en el centro del mundo, fue también el momento que coincide con un extraordinario auge de colonización y modernización de las aguas a nivel mundial. En 1935 el gobierno estadounidense inauguraba la Represa Hoover, una mole sobre el cañón del Colorado, con capacidad de apresar 37 millones de metros cúbicos de aguas, que dejarían de correr “peligrosa y antieconómicamente” para irrigar la prosperidad agrícola y proveer energía al desarrollo del Oeste. Pero, como es sabido, (la promesa de) el desarrollo estaba principalmente dirigido al “Tercer Mundo” (Rist, 1996; Escobar, 2007). Así es que las grandes represas tuvieron en las condiciones ideológico-ambientales de África, Asia y América latina, los ecosistemas políticos más favorables para su expansión².

En este panorama, América Latina ocupa un lugar destacado: cuenta con cinco de los ríos más importantes del mundo (el Amazonas, Orinoco, Río Negro, Paraná y Río Madera), la región concentra el 20 % del potencial hidroeléctrico del planeta y las hidroeléctricas proveen el 63 % de la generación eléctrica regional. Más del 70 % de esa potencia hidroeléctrica instalada se localiza en Colombia, Brasil, Perú, Paraguay, Uruguay y Costa Rica³. En Colombia, la potencia hidroeléctrica instalada llega a casi 12.000 MW, lo que representa el 68 % del total de la generación de energía eléctrica del país.

Pese a que tempranamente, en la década de 1970, emergieran ya grandes problemas ambientales, sociales y económicos ligados no sólo a las expectativas frustradas de “desarrollo” sino también a efectos “imprevistos”, la ola expansiva del represamiento de las aguas no cesó. “En los últimos setenta años se han construido alrededor de 40.000 grandes represas en el mundo” (Fernández, 2010: 40). En esta

época, la emergencia del efecto invernadero provocada por la matriz fósil de la economía moderna fue excusada para hacer de las “energías renovables” un nuevo dinamizador del crecimiento y canalización de inversiones. A partir de fines de los años '80 e inicios de los '90, las grandes presas hidroeléctricas fueron reimpulsadas como infraestructuras claves para lo que ahora se presentaba como un “nuevo paradigma” de “desarrollo sostenible”. Así, las preocupaciones por los “límites del crecimiento” (Informe Meadows, 1972) fueron quedando sumergidas bajo las aguas del “crecimiento verde”. Entre éstas, un papel estratégico fue asignado a las hidroeléctricas, en cuanto promesa de generación de energía “renovable” y “limpia”.

Miquel Carrillo (de la Asociación Ingeniería Sin Fronteras) alega que “una energía que para desarrollarse ha desplazado alrededor de 80 millones de personas en todo el mundo, no debería tener la categoría de sostenible” (2010: 13). Las últimas tres décadas han sido prolíficas en sacar a la superficie los innúmeros como gravosos impactos socioambientales provocados por las grandes hidroeléctricas. Alrededor de todo el planeta, allí donde se han instalado, han constituido un vector de destrucción violenta de hábitats humanos y no humanos y desplazamiento forzado de poblaciones (Fernández y Carrillo, 2010; Duarte, Boelens y Yacouc, 2015).

Casualmente, también en 1997, tuvo lugar la conformación de la Comisión Mundial de Represas (CMR) con el objeto de evaluar la eficacia y los impactos de las grandes represas. Los resultados de las investigaciones de la CMR se publicaron en el año 2000. Entre sus conclusiones, señala:

En general, los impactos sobre los ecosistemas son más negativos que positivos y han provocado, en muchos casos, pérdidas significativas e irreversibles de especies y ecosistemas (...).

La Comisión encontró que todos los embalses analizados por científicos, hasta ahora, emiten gases de efecto invernadero, como también lo hacen los lagos naturales, debido a la descomposición de la vegetación y a la entrada de carbón procedente de la cuenca. (...). Los esfuerzos que se han realizado hasta la fecha para contrarrestar los impactos de las grandes represas sobre los ecosistemas han tenido un éxito limitado debido a la falta de atención a la hora de anticipar y evitar esos impactos, a la pobre calidad y la incertidumbre de los pronósticos, a la dificultad de hacer frente a todos los impactos, y a la aplicación incompleta y el éxito parcial de medidas de mitigación (CMR, 2000).

Hidroituango, un crimen doloso

Desde la segunda mitad del siglo pasado en adelante, Colombia constituye -en el marco del contexto histórico y de las ciencias sociales- un escenario emblemático de conflicto armado y de violencia política; o bien, de la violencia como política histórica de acumulación por despojo. Es en este cuadro que cabe situar y contextualizar el diseño y construcción del proyecto hidroeléctrico Hidroituango. En torno a él, se unen los cauces de la violencia interna, “nacional”, ligada a un régimen político oligárquico distinguido por su peculiar autoritarismo aparentemente inmune a las sucesivas oleadas y rebeliones democratizadoras, y la violencia global, supranacional, emanada de “la antigua Santa Trinidad del Desarrollo del Agua: el Estado, la Ciencia y el Capital” (Worster, 2008: 176), propulsora mundial del represamiento de los ríos.

El escenario es altamente propicio. Antioquia es uno de los departamentos -si no el más- acaudalados de Colombia en riquezas hídricas y poder financiero. Con epicentro en su capital (Medellín, la segunda ciudad más poblada del país), constituye una de las zonas económicas más pujantes y diversificadas, siendo el principal exportador del país y concentrando el 15 % del PBI nacional. Antioquia está irrigada por tres grandes ríos, el Atrato, el Magdalena y el Cauca, atravesando este último por el centro de Norte a Sur todo el departamento. El departamento produce actualmente el 20 % de la energía eléctrica total del país, y su potencial -mayormente concentrado en el Cauca- ha sido estimado en 23.550 MW.

La generación hidroeléctrica del departamento está prácticamente bajo el control monopólico de EPM (Empresas Públicas de Medellín) un grupo de capitales transnacionalizado creado en 1955 y centrado en la provisión de servicios públicos urbanos, bajo cuyo poder funcionan 25 centrales hidroeléctricas con una potencia instalada de 3.257 MW.

El proyecto de Hidroituango empezó a cobrar forma en 1997, el mismo año en el que las denuncias y los reclamos de los millones de afectados mundiales por represas se hacían oír en los más altos escenarios de la política mundial y forzaban a la conformación de la CMR. Bajo la gobernación del ex presidente e imputado en numerosas causas por violación de derechos humanos, Álvaro Uribe Vélez, se constituyó la Empresa Hidroeléctrica Pescadero Ituango S.A. con un capital accionario conformado en un 52 % por la gobernación de Antioquia y 46 % por EPM.

Esa sociedad proyectó la realización de la hidroeléctrica más grande de Colombia, en pleno conocimiento mundial de las evidencias sobre los onerosos costos socioambientales de este tipo de obras. El embalse proyectado sobre el cañón del río Cauca era de 70 km de largo y una presa de 225 metros de altura, con una zona de inundación total de 79 km², más 30 hectáreas afectadas a la construcción de campamentos con capacidad para albergar a 5000 obreros, tres electroductos de alta tensión, subestaciones y cementeras. Con un costo inicial de más de 5.500 millones de dólares⁴, la presa proyecta una potencia total instalada de 2400 MW, lo que significa un incremento del 70 % de la capacidad instalada del grupo EPM y el 30 % de la demanda hidroeléctrica del país. Sólo cinco años después de iniciada la obra, Hidroituango ya había provocado el desplazamiento de más de 16 mil habitantes, sobre un total de 25 mil residentes del municipio de Ituango; y para el año 2018, provocó la “contingencia” que ahogó por completo el puente que hoy nos convoca.

2. Pescadero, un lugar y tres puentes sobre el cañón del Cauca

Pescadero es el nombre del lugar del crimen. Un nombre y un lugar hecho de muchas historias y de muchas vidas. Al momento de pergeñarse y de perpetrarse el crimen Hidroituango, Pescadero era un puente habitado por tres puentes, una condensación de múltiples temporalidades que, a su vez, daban cuenta de diferentes espacialidades y socialidades allí sedimentadas -como memoria viva- de formas precedentes de habitar y de producir el espacio habitado.

Como indicara Milton Santos,

las formas representan una acumulación de tiempos y su comprensión, desde ese punto de vista, dependen del entendimiento de las divisiones del trabajo pretéritas. (...) Tiempo y espacio conocen un movimiento que es, al mismo tiempo continuo, discontinuo e irreversible. Tomado aisladamente, el tiempo es sucesión, mientras que el espacio es acumulación, precisamente una acumulación de tiempos (Santos, 1996: 52).

Así, las formas geográficas del presente son configuraciones complejas, resultantes de una condensación desigual, rugosa, de las formas precedentes de producción social de la vida. Desde esa perspectiva nos aproximamos al puente, con la intención de escuchar y atender sus muchas (formas de) vidas.

A grandes rasgos, los tres puentes que quedaron bajo las aguas capitalocénicas de Hidroituango remiten a tres momentos histórico-políticos diferentes y sucesivos del

orden colonial; tres tipos de ordenamiento territorial, cada uno de los cuales da cuenta de diferentes oleadas en las que la fuerza modernizante del colonialismo/colonialidad pretendieron apoderarse del cañón del Cauca y de lxs cañonerxs, sus poblaciones ribereñas, nacidas y criadas con el río, chocando así, con sus re-existencias, y dando a luz, como emergencia de tal antagonismo, configuraciones territoriales mestizas.

La forma primera: El puente de Bejucos

Para comprender las determinaciones políticas del presente, es fundamental remitirse a “la forma primordial” (Zavaleta Mercado, 1982). Ella alude a la modalidad histórico concreta de configuración de una formación social; en nuestro caso, eso remite a la heterogeneidad emergente de las formas nativas radicalmente alteradas por la invasión colonizadora. Y el puente nos cuenta, desde el fondo de su ser, hasta qué punto está atravesado por esa tensión: la tensión radical constituyente entre territorialidades (modos de apropiación) antagónicas -fuerzas dialécticas que dinamizan procesos de des-re-territorialización, (apropiación – expropiación – reapropiación) (Porto Goncalves, 2002; 2006; Haesbaert, 2002; 2004).

En su forma nativa, el puente nació bajo el nombre de Bejucos, creado y criado principalmente por los Nutabe, un pueblo indígena que, entre otros, poblaron originariamente esa región del Cauca, y de quienes son descendientes lxs cañonerxs hoy afectados por Hidroituango, con quienes hemos compartido la elaboración de este trabajo. En el seno del cañón, zona de bosque premontano, bosque húmedo tropical y bosque seco tropical (Holdridge, 1982), el puente nació como parte de una territorialidad compleja, cohabitante de poblaciones trashumantes y de comportamiento anfibio, estrechamente ligadas, sensibilizadas y acompasadas a la particular diversidad ecosistémica de la región. El hábitat construido da cuenta de una apropiación integral, basada en la combinación de formas de ubicación y uso diferencial, tanto horizontales como verticales, en torno al cañón. Ese modo de organización espacial de las prácticas les aseguró la sustentación de una economía igualmente diversa y rica en saberes, sabores, alimentos⁵ y modalidades de trabajo, entre los que destacaron los cultivos⁶, recolección, pesca, caza y extracción de oro aluvial en lechos y terrazas aluviales, en minas de cerro y aventaderos. Para esta última, las técnicas más usadas fueron el canalón (invierno) y el lavado directo en la batea (verano), denominado barequeo

o mazamorreo, cuya relevancia cultural y económica relativa queda hoy impresa en la autoidentificación de sus actuales pobladores.

Las investigaciones etnohistóricas disponibles las caracterizan como “poblaciones dispersas” organizadas bajo “cacicazgos” que integraban distintas unidades domésticas que combinaban formas de trabajo y apropiación familiar y comunal de los bienes, integrados a otros agrupamientos mediante lazos de parentesco y prácticas de intercambio y reciprocidad (Duque & Espinosa, 1994; Cardona Velásquez, 2001). Otros estudios destacan la existencia de espacios comunales de acopio y sistemas de reciprocidad (Botero Arcila, Muñoz, & Ortiz Cano, 2011). Duque & Espinosa (1994) distinguen tres tipos de intercambio: reciprocidad, redistribución y mercado. Los dos primeros hacen parte de una circulación interna: “la redistribución, como mecanismo de circulación al interior de los territorios que dominaba cada parcialidad, ayudó a conformar la forma particular de los asentamientos y la distribución de las diferentes unidades familiares en una región y permitió que todas ellas participaran y aportaran productos que complementarían el consumo de su parcialidad” (Duque & Espinosa, 1994, pág. 50).

Por su parte, los mercados permitían la relación con redes de distribución más amplias, de carácter regional, mediante un intercambio de productos entre grupos étnicos. En esta actividad periódica se centralizaba la circulación de los productos que, a su vez, se relacionaban con los corredores ambientales⁷. Cabe reconocer que “el intercambio que este grupo humano estableció con las demás etnias del Noroccidente, ayudó a que las fronteras territoriales fuesen móviles y permeables debido a la circulación de productos y personas de otros territorios” (Duque & Espinosa, 1994, pág. 50).

En esta trama de intercambios e interdependencias, la vida del puente empezó a cobrar forma y relieve. Para realizar los intercambios de una orilla del río a la otra, contaban con dos medios: uno, personas especializadas en nadar y transportar personas, conocidos como los bogas; y dos, los puentes, uno de ellos, de gran trabajo y envergadura, el puente de Bejucos o Bedrunco, cruzaba el río Cauca vinculando los territorios que hoy se conocen como Toledo e Ituango.

“Debido a su ubicación, cerca de grandes corrientes de agua, las gentes de la confederación Nutabe, sobresalieron por la construcción de puentes de bejucos sobre los ríos caudalosos y anchos caminos, que posibilitaron una compleja red

de rutas de intercambio hacia adentro y hacia afuera de sus territorios” (Duque & Espinosa, 1994).

No obstante, para el año 1574, el puente ya no existía, por lo que se ordenó su reconstrucción: “según noticia de Fray Pedro Simón, en el que los vecinos de San Juan de Rodas bajo el mando del gobernador Andrés Valdivia, construyeron el célebre puente de cueros y bejucos hacia el mes de febrero, para pasar al valle de Guarcoma llamado luego valle de San Andrés (Simón, [1604 – 1626] 1981: 103-105)” en (Herrera Correa & Tejada Holguin, 2018).

A la fecha no se sabe si el puente fue cortado como producto de una estrategia indígena de sobrevivencia o si su desaparición fue obra de las condiciones climáticas. Sea como fuere, el puente nativo desapareció con la llegada del conquistador. Había nacido para el intercambio, pero lo mató la guerra y la sed de comercio. En su primera vida, el puente entretejió diversidad, conjugó autonomías y complementariedades, pero lo aplastó el peso monolítico del universal abstracto. El puente corrió la misma suerte que la población indígena que lo había criado; sucumbió bajo el poder de la espada y de la cruz. Las comunidades ribereñas del río Cauca fueron diezmadas, especialmente por enfermedades virósicas como la viruela, por las largas y extenuantes jornadas de esclavitud en condiciones de desbalance nutricional y energético, por modificación de la dieta y disolución de su organización social. La invasión -como veremos, preuncio de la inundación-, provocó un verdadero colapso sociometabólico. Tanto así, que la debacle demográfica terminó afectando los propios intereses imperiales, y a partir de 1551, la Corona se vio forzada a reorganizar las poblaciones supervivientes en resguardos⁸.

El objeto central de los resguardos fue cautivar y disciplinar la fuerza de trabajo para la extracción de oro. Para las formas de vida trashumantes, estos asentamientos permanentes significaron su muerte social. A los ojos del conquistador, estas poblaciones aparecían como “salvajes, caníbales, rebeldes y vasallos difíciles, quienes resultaron decepcionantes para los encomenderos quienes además vivían en pequeños grupos, dispersos por los valles y los pies de la cordillera, y nunca en las aldeas” (West C., 1972, pág. 74). La creación de los resguardos fue ideado también como instrumento de exorcismo; brindó al poder eclesiástico el mando de

la vida en las reducciones “ya que el pretexto para estas acciones, fue la evangelización de los indios” (Duque & Espinosa, 1994, pág. 110).

Aun así, como sabemos, el cruento dominio imperial no logró más que aplastar temporalmente las re-existencias; de allí en más, hasta el presente, las sublevaciones hacen parte de esta historia y de este río. Entre ellas, dos grandes rebeliones marcan especialmente las memorias de los pobladores. La primera tuvo lugar en el año 1517, cuando las comunidades indígenas de todo el cañón hicieron alianza para dar muerte al conquistador Andrés de Valdivia. Fue uno de los levantamientos emblemáticos de la región. La segunda aconteció en defensa de los lugares sagrados de sus ancestros, los cementerios, blancos continuos de saqueo por parte de la codicia blanca.

Tras la muerte del primer puente, los próximos no nacerían desde abajo, sino que vendrían diseñados desde arriba, imaginados como portadores y medios de civilización de un territorio que seguiría siendo esquivo a los mandatos del orden y el progreso.

Segundo puente, la transición al hierro y el cemento

El segundo puente tiene lugar como parte de una segunda ola invasora, ésta, principalmente de expropiación de la propia identidad cultural nativa; como parte del borramiento de diversidad bajo el mantra uniformizante de la construcción de “la nacionalidad”. En 1811, luego de la estabilización de los caseríos y la desaparición de la encomienda, a los españoles les da la ambigüedad para nombrar, identificar y someter. Pues, ante la existencia de los caseríos con comunidades indígenas y mestizas y sin elementos jurídicos para determinar si eran indios o libres, deciden determinar, por Cédula Real, la desaparición de los indígenas: “se acabaron estos indios, cesaron los tributos, no hay tal jurisdicción” (Duque & Espinosa, 1994, pág. 143).

Unas décadas después, por decreto, se da la extinción de los resguardos y se orienta la preocupación al reparto de tierras, creación de municipalidades y del pequeño productor agrícola⁹. Así, bajo el *federalismo conservador*, el gobernador de Antioquia entregó varias tierras del cañón a varones blancos y heteronormados para que poblaran y civilizaran la región, quienes buscaban asentarse en tierras óptimas para el cultivo de café. Estas ideas clasistas y racistas de la época podemos verlas reflejadas en la actual narración de Empresas Públicas de Medellín (EPM).¹⁰,

Con la llegada de esta población se inició el pedido de modernización, que incluía un puente que permitiera paso de mercadería y vías para los pueblos cercanos. Estas iniciativas estuvieron a cargo de los párrocos de la iglesia. Vale recordar que en el periodo de 1840 y 1880 se fortaleció y consolidó la religiosidad católica en la zona (Ortiz Mesa, 2008), con la consiguiente necesidad de colonización de familias de descendencia española. Durante esta época, además de precisar la necesidad imperiosa de obtener un puente de hierro, carreteras y alcantarillado, los sacerdotes solicitaban empedrar o pavimentar las áreas urbanizadas. Asimismo, la justificación de la creación del puente presentaba al río Cauca como obstaculizador de intercambios comerciales con la capital del departamento.

Así, desde mediados del siglo XIX, se inició la búsqueda por parte de algunos líderes y empresarios que “venían poniendo sus ojos en la zona de Ituango, al costado occidental del río Cauca, donde había terrenos aptos para la agricultura, la ganadería y la minería, pero el acceso a ellos se dificultaba por la barrera del río Cauca” (Múnera López, 2018, pág. 72). Con este cometido, un grupo de empresarios buscó a José María Villa, ingeniero destacado en la construcción de puentes, para proponerle la construcción del puente sobre el Cauca, en el camino entre Yarumal e Ituango, en el sitio Pescadero. De tal manera que “el 13 de diciembre de 1882 se firmó en Medellín el contrato entre el secretario de Hacienda y Fomento del Estado, señor Benjamín Palacios, y el ingeniero José María Villa, para la construcción de la obra” (Múnera López, 2018, pág. 73). Así se inauguró, en 1886, el puente colgante de Pescadero.

Juan B. Londoño (El Monitor, 15 de febrero de 1887, p. 294) destaca que el primer año de su operación unas cuatro mil personas se establecieron en Ituango, abrieron fincas en las que produjeron principalmente cerdos y caucho. Además, se abrieron veinte minas. (...) También menciona que la renta que produjo el peaje del puente, que ascendió a seiscientos pesos, sería destinada a continuar la construcción de los caminos de acceso (Múnera López, 2018, pág. 73).

El Pescadero, la vida tercera del puente

La tercera vida del puente resultó decisivamente mestiza. Nacido, como el segundo, para reafirmar la colonialidad, hijo dilecto de su tiempo, la era del “desarrollo”, y como artificio emblemático del discurso de Truman, este puente fue, sin embargo, progresivamente amansado, readaptado y adoptado por las poblaciones cañoneras

como propio. Aunque fue estrictamente concebido en las cerradas y exclusivas élites blancas del poder antioqueño, como punta de la lanza de una anhelada nueva era de colonización, este tercer puente fue como descendiendo hasta las profundidades del cañón y quedando atrapado por los entrelazamientos de las hidrocomunidades que fueron haciendo de él un espacio de vida; un compañero clave de intercambios, de experiencias y sustentos, co-autor de las economías locales.

Tras algunas reconstrucciones del puente de madera y la fuerte presión por parte de empresarios y caficultores de la zona, se iniciaron los pedidos para obtener un puente que permitiera la movilidad de vehículos y el ingreso de máquinas para la apertura de caminos y plantas eléctricas. Durante las primeras dos décadas del siglo XX, los pobladores, en cabeza del párroco, se dedicaron a mejorar las vías, los caminos de herradura y realizar pedidos de carreteras que condujeran a la capital del departamento. Con la venta del canal de Panamá a Estados Unidos ingresó dinero al territorio, el cual, según solicitud del comprador, debía ser invertido en infraestructura, de allí que desde la gobernación se prometió la construcción de un puente de hierro y cemento y se sancionó la ley ferroviaria 102 de 1922. También, en esos años, desde la gobernación, se hizo una venta de tierras de Ituango a los ingleses que serían invertidas en el municipio.

A mediados de siglo, pese a la cruenta violencia política entre liberales y conservadores, con desplazamientos forzados y reincorporación de la población ubicada en antiguas zonas indígenas, los líderes y empresarios de la zona ingresaron el primer vehículo a Ituango. Sin embargo, ante la falta de carreteras, trasladaron a lomo de bestia las partes de los *Jeep* provenientes de la Segunda Guerra Mundial. Luego lograron ingresar la planta eléctrica, hasta que, finalmente en 1963, se realizó el puente. No obstante, no había caminos para llegar al mismo. Unos años más tarde, mediante donaciones de los feligreses de la Iglesia Católica, la “Junta por el progreso de Ituango” y diálogos con el gobierno nacional, se hizo un aeropuerto junto a la hacienda Los Galgos, perteneciente a un miembro de una de las familias más poderosas de Colombia, la familia Ospina. Cabe mencionar que, durante esta época, el presidente era Pedro Nel Ospina quien, además, fue el gestor de la red ferroviaria nacional.

Finalizando los años '60, José Tejada Saénz, ingeniero de la firma Integral, realizó los primeros estudios sobre el potencial hidroeléctrico del Cauca Medio, donde se ubica el puente. Ya en los años '60 y '70, las empresas de energía, con el apoyo del gobierno nacional y los préstamos del BID, incursionaron en la ampliación y creación de proyectos hidroeléctricos y de interconexiones.

Indefectiblemente, estas son fechas que marcaron la historia de las comunidades, pues, hasta el inicio de 1971, el comercio e intercambio en el puente Pescadero se realizaron a través del trabajo de las mulas y arrieros. Luego, con la construcción por convite de la banca o carretera del puente a Ituango, se inició el linaje de transportadores y continuaron las transformaciones territoriales por aumento de población proveniente de otras zonas de la región. Sin embargo, los espacios ocupados por las comunidades, como el puente, con nexos históricos y culturales, por un lado, fueron reconfigurados como espacios comunes y, por otro, los reafirmaron en lo que han denominado identidad cañonera, diferenciándoles de otras comunidades.

Asimismo, con el ánimo de continuar arraigados a las montañas, recrearon las parcialidades a través de las veredas, donde fueron creando nexos de parentesco, vecindad y reciprocidad con otros asentamientos cercanos. La agricultura, la pesca y el barequeo se continuaron ejerciendo a lo largo del cañón, siendo el puente Pescadero, a su vez, espacio de intercambio y encuentro.

Durante inicios de los años 70, la recién creada ISA (Interconexión Eléctrica S.A.), por recomendaciones del Banco Mundial, debía conectar el sistema eléctrico colombiano, motivo por el cual se solicitó el primer estudio de las cuencas del país para la creación de hidroeléctricas. En esos años, la firma Integral realizó los estudios iniciales sobre la factibilidad de instalación de una hidroeléctrica en el cañón del Cauca. Al respecto de ello, los habitantes tienen el recuerdo de la inviabilidad de la misma debido a las fallas geomorfológicas del cañón.

(...) uno de mis tíos que ya falleció trabajó en 1975, haciendo unos túneles donde hicieron estudios, donde dijeron que no servían. Cuando ya empezaron a hablar de la represa de nuevo, en 1994-1995, yo recuerdo, en esa época mi tío todavía vivía, y vino a pasear a la zona, y nosotros le preguntamos, "tío, ¿qué usted trabajó en la represa que van hacer?", porque ya la gente decía que iba a hacer una represa, y que por eso es que estaba la guerra tan brava. Entonces, el tío lo que dijo fue, "eso no lo hacen porque esa piedra es mala; eso se desgrana por dentro; que eso no sirve". Ahí fue donde nos contó que en esos túneles estaban haciendo estudios y que los

habían sacado a todos porque había mostrado unas fallas geológicas que no dejaba hacer represas; que, por eso, él no creía que hicieran esa represa. (Comunidades pescadoras y barequeras del cañon del río Cauca, 2020)

Los registros científicos que se tienen sobre la inviabilidad se encuentran en los estudios de Woodward-Clyde, de 1980. Pese a ello, la empresa Integral, socia de la hidroeléctrica, siempre desestimó las afectaciones geológicas, sociales y ambientales. Muy por el contrario, por las “características positivas” y las “grandes ventajas” para la región, se siguieron manteniendo las expectativas en la consolidación del proyecto.

Junto a las *omisiones* geológicas, la violencia política fue también factor clave de la viabilidad del proyecto. “En todas las veredas hubo desplazados por culpa de las autodefensas, porque llegaron generando terror que iban a matar a las comunidades; que tenían que desocuparlas. Las personas se iban, porque quién iba a esperar a que lo mataran” (Comunidades pescadoras y barequeras del cañon del río Cauca, 2020) . La antesala de su diseño y planificación estuvo signada por el recrudecimiento del conflicto armado como estrategia de vaciamiento territorial, con sucesos como la masacre del Aro (octubre de 1997)¹¹, desplazamientos forzados de veredas enteras, como Helechales de Toledo (1999), y cientos de desapariciones forzadas que marcaron los años '80 y '90. A partir de allí, otros tres eventos fueron decisivos en la construcción de la hidroeléctrica: uno, la ley 143, de 1994, por la que se establece que la obligación del Estado ya no sería la de ser el constructor, transportador, operador y administrador del sector eléctrico, sino que su papel sería- y es- el de promotor de la libre competencia en las actividades del sector. Dos, el último día de gobierno de Uribe Vélez se constituyó la Sociedad Promotora de la Hidroeléctrica Pescadero. Tres, el asesinato de Don Virgilio Sucerquia, en julio de 1998, que fuera reflejado en “El colombiano”, periódico de la región de Antioquia, bajo el título “*El último cacique Nutabe ha muerto*”, como expresión sintomal de una voluntad política de borramiento de la ancestralidad conviviente de y en las comunidades cañoneras.

La construcción del proyecto inició en el año 2008, luego de disputas de poder y negociaciones, “pactos de caballeros” rotos y acciones legales entre los socios. En el año 2018, tras diez años de modificaciones territoriales, resistencias por parte de la población, exigibilidad del cuidado del río y la vida en más de doce municipios afectados por las construcciones, se presentó la “contingencia” que ahogó el puente

Pescadero, y con él, los territorios ribereños del cañón. Aquellos estudios sobre las fallas geológicas, desestimados tanto por las entidades promotoras del proyecto como por las instituciones públicas, como la Autoridad Nacional de Licencias Ambientales (ANLA), cobraron relevancia tras la emergencia que desplazó comunidades enteras y, a la fecha, mantiene en incertidumbre a todas las poblaciones aguas abajo.

Sumado a esta alarmante situación, la empresa no solo no respondió a los reiterados pedidos de traslado del puente por parte de los pobladores, previa inundación, sino que la solución ofrecida fue crear un paso sobre una hidroeléctrica que, por años, las comunidades han rechazado y luchado por su desmantelamiento controlado

la utilización de la cresta de la presa como nuevo puente para cruzar el río, lo que permitirá a propios y extraños ver el reflejo de las montañas del cañón del Cauca en el espejo de agua del embalse, como inmensas jorobas paisas que reposan el peso de su tradición sin encalambrarse. Los mitos, los miedos y las tristezas, como las aguas, también habrán amainado. Y sobre la piel de Capitanes, los viajeros verán el relieve de las marcas de la arquitectura “inmanente” de EPM, talladas en la montaña (Buitrago Londoño, y otros, 2015, pág. 127).

3. “La mitad de nuestra casa...”, bajo las aguas. Fractura metabólica y acumulación por inundación

En el 2010 nos desalojan un grupo de 200 personas. Estábamos en esta playa, donde es ahora el vertedero de la represa. Precisamente donde es el vertedero, era mi casa; una casa que yo hice. Nos dijeron que esos predios son de EPM y que nosotros no podemos estar allá porque es propiedad privada. El primer desalojo nos subió a unos helicópteros de la empresa y nos largan en un filo, en una montaña. (...) Nos subieron a los estrujones, nos tocó dejar todo. A una compañera le quebraron la mano. Fue un desalojo que no tuvieron en cuenta nada, ni los sentimientos de las personas, al apego que teníamos nosotros a los animales; bueno, no les importó nada. (...) Nosotros no sabíamos que teníamos derechos, no sabíamos nada. Entonces, este desalojo fue muy duro porque no estábamos organizados. En el segundo ya estábamos organizados. Fue menos violento. Y ya vino el *tercero*, el *cuarto*, y así... Fue muy duro.... Pero uno como que se va acostumbrando a que lo vayan desalojando. (...) Yo tengo una batea que está marcada con todos los desalojos, entonces, cada vez que se desalojaban, iba y la marcaba. La tengo, todavía la conservo (...) (Posada Mazo, 2021).

Hasta que sucedió “la contingencia”. Fue el 13 de mayo de 2018. A nosotros nos reubican cuando fue que todo se inundó. como a las nueve de la noche mi hijo me dice: “mamá, el río no se escucha”. Yo ya estaba dormida.

“¡Mamá, el río no se escucha, y vea como está de grande!”. Y yo me levanté. Cuando me levanté, el agua me llegaba más arriba de la rodilla. Nosotros nunca habíamos visto una creciente así; y mientras más rato, más arriba iba el río... Nadie nos dijo nada. Ya era de noche. Entonces llamamos y (fue) cuando nos dicen los compañeros que era que se había tapado un túnel y que el río estaba represándose. Entonces ya empezamos a correr y a correr. ¡Él subía rapidísimo! (...) Nosotros, desde el 2018, definitivamente, tuvimos que abandonar el río Cauca, porque ya inundaron la presa, entonces ya nos quedamos sin donde vivir (Posada Mazo, 2021).

Uno de los aspectos perennes de la crítica de Marx tiene que ver con la identificación de la violencia como principal fuerza productiva/destructiva de la (necro)economía del capital. La violencia es el medio de producción por excelencia de la incesante “creación” (extracción) de (plus)valor. Es no sólo la que creó las condiciones originarias de esta Era, sino que se trata de su combustible específicamente biopolítico; la fuerza motriz que impulsa y mueve continuamente las aspas del *molino satánico* (*sensu* Polanyi). La historización de esa crítica implica -como indicara Rosa Luxemburgo (1912)- lograr visualizar y comprender las distintas formas de violencia -con sus respectivas tecnologías y rituales- que fueran signando las distintas fases de expansión, los distintos espacio-tiempos y las diferentes modalidades en las que su voracidad geofágica fuera subsumiendo los mundos-de-vida-otros; provocando sus respectivos apocalipsis (Latour, 2017). Y si hay algo que distingue y caracteriza este tiempo del presente, este momento en el que el devenir capitalocénico nos aproxima a los umbrales de la (in)existencia, es la ferocidad y las formas extremas de la violencia que precisan ser movilizadas para seguir extrayendo de la vida, plusvalor.

Hidroituango es eso. Nos muestra eso. Nos resulta difícil imaginar una forma de violencia más brutal, más absolutamente letal, inhumana y deshumanizante que el acto de inundar. Inundar es un acto que contraviene los principios más elementales de la ética política de lo humano: es usar lo naturalmente dado para la gestación de la vida, de toda vida, para ahogarla. Inundar no es sólo un acto político contra-natura, sino que es un acto de violencia extrema: es la muerte no apenas de los millares de vidas individuales inmediatamente cegadas al quedar sumergidas, sino que es el aniquilamiento de *comunidades de vida* cuyos devenires son abruptamente interrumpidos; absolutamente impedidas de *seguir siendo*; esto es, de seguir viviendo tal cual las formas que se habían dado y co-creado en cuanto seres con-vivientes; en este caso, destruyendo ese concreto y único hábitat ribereño del cañón del Cauca, gestado (también) alrededor del puente Pescadero.

La presa erguida como arma letal volvió las aguas del Cauca contra sus propios hijos; contra las propias comunidades de vida (*hidrocomunidades*) que el río había ayudado a alumbrar y criar.

Destruir comunidades es muy diferente de matar individuos. El puente sumergido hacía parte ya de la comunidad de vida de los cañoneros del Cauca. Historias, memorias, alegrías, tristezas, amores y desamores, encuentros, asambleas, fiestas, sancochos, intercambios, olores, sabores, miradas y visiones; sueños, dolores; siembras y cosechas; relaciones; tramas de vida; pasado vivo en cada vida presente y en un existir común preñado de futuro... Todo eso fue inundado. Todo eso fue objeto de un desplazamiento forzado; no apenas un *n* número de “individuos”; ni siquiera de “familias”; los individuos no son *suelos*; son *convivientes*.

“*Ese puente era casi la mitad de la casa de nosotros, los cañoneros del río Cauca*”, nos enseña Estela. Es ese “nosotros” el que ha sido inundado; existencialmente violentado. El puente, “casi la mitad de la casa” ha sido ahogado. La otra más que la mitad (el barequeo, la pesca, las aguas autónomas, la energía propia, la yuca, el plátano, los aguacates, los arrozales y los cafetales de quienes tenían un poquito más de tierra, los animalitos que criaban y los que convivían en el monte) también. Es que

la economía que nosotros teníamos era el río; fuera de ser un trabajo, que era de nuestros ancestros, era el trabajo con el que nos criamos y que nos gustaba... En el río teníamos cómo curarnos con nuestras plantas si nos enfermábamos. En el río teníamos nuestra agua y nuestra comida. Sabíamos de dónde venía el agua, de dónde nacía y que era el agua que compartíamos con todos los animales que vivían en el monte. Sabíamos qué era lo que teníamos, qué comíamos, qué tomábamos... En cambio, allá¹², allá no sabíamos nada, ni de dónde era el agua, ni de dónde venía lo que nos tocaba comer... Porque nosotros somos universitarios del Cauca; los cañoneros somos universitarios, tenemos toda la práctica y la experiencia de saber vivir bien en el río y con el río. Pero con esa carrera sólo tenemos trabajo en el río Cauca. Con esa carrera acá no nos dan trabajo; no lo tenemos (Posada Mazo, 2021)

Desalojo, desarraigo, despojo. La inundación debe ser de las formas más eficaces y absolutas de *acumulación primitiva*. Contrariamente a cómo ha sido usualmente interpretada en el *sensu* marxista ortodoxo, la *acumulación primitiva* no remite a una forma histórica que quedó allá recluida en los albores del capitalismo, sino que da cuenta de una forma donde la violencia extraeconómica se hace necesariamente

presente para crear e instalar las condiciones institucionales, tecnológicas, ecológicas, ideológicas y políticas sobre las cuales se realizará un nuevo ciclo de valorización (Luxemburgo, 1912; Harvey, 2004). Ahora sabemos, la acumulación primitiva se recrea asiduamente; sobre todo, en y desde las geografías coloniales; es lo propio de las economías de *los márgenes*¹³.

Desde nuestros desarrollos de ecología política, la acumulación primitiva como forma de despojo constituyente y generador de un nuevo ciclo de valorización puede ser mejor comprendida y analizada en términos de *fractura sociometabólica*. Rescatada por Foster (2004), devenida categoría analítica clave en el pensamiento ecomarxista (Burkett, 1999; Foladori, 2001; Sacher, 2016) y reelaborada en nuestros trabajos previos (Machado Aráoz, 2015; 2016; 2017), la noción marxiana de fractura sociometabólica no sólo hace referencia al cortocircuito que la transformación capitalista de la agricultura supuso e implicó sobre el ciclo de nutrientes entre suelos y humanos, sino, más en general, a toda una serie de rupturas ecológicas y políticas que hacen a la disolución de las *economías de subsistencia* y a su ‘reconversión’ moderna, como economía de acumulación.

En un sentido epistémico-ontológico, el metabolismo social alude a las *conexiones vitales* entre cuerpo humano y Tierra¹⁴; por tanto, la noción de fractura sociometabólica refiere justamente a una ruptura integral de esos circuitos vitales; ruptura histórica, ecológico-política, que, a su vez, es condición y punto de partida del desvío o *trasvasamiento* de esos flujos energético-vitales desde los circuitos de producción de medios de subsistencia (*valores de uso*) a las cadenas de extracción y acumulación de valor abstracto (*dinero-mercancía-plusvalor*).

Dicha fractura afecta fundamentalmente a los ciclos hidrológicos; consiste y funciona como *falla hidrosocial*: las aguas dejan de ser usadas (y tratadas) como bien común fundamental subordinadas al sostenimiento de la vida colectiva (por tanto, a la producción prioritaria de bienes y servicios apropiados a la satisfacción de necesidades vitales) y pasan a ser canalizadas como mero recurso al servicio de la producción de mercancías, cuya cotización diferencial en el mercado se plasma en los territorios, marcando, regulando y definiendo las prioridades de uso de los “recursos hídricos” (y, por tanto, definiendo subsecuentemente el destino de los restantes componentes territoriales implicados).

Esta falla hidrosocial implica, ante todo, una drástica alteración de los flujos y circuitos hidrológicos -en un sentido físico y ambiental-, pero también una dislocación y erosión de los flujos y circuitos comunitarios de la energía social humana (tanto en términos de trabajo como de convivencia y organización de la vida colectiva). De allí en más, las aguas, literalmente vitales para el sostenimiento de ecosistemas, hábitats y culturas, pasan a operar como elemento clave de reproducción y amplificación de los procesos, mecanismos y efectos de degradación y deterioro de los sistemas de vida. La vida social, tan ecoddependiente de los flujos hídricos como de las tramas comunitarias, se ve drásticamente trastornada a raíz de semejante trasvasamiento.

La historia de vida del puente y alrededor del puente Pescadero, de las (hidro)comunidades cañoneras que con-vivieron con él y en torno a él, ambas sumergidas bajo las aguas apresadas de Hidroituango, constituye un caso paradigmático de este tipo de trastornos; los trastornos hidro-sociometabólicos emergentes de la creación de agua moderna.

No hay agua moderna sin despojo; (más bien, sin exorcismo). El despojo es el punto de partida de todo nuevo ciclo de acumulación; su condición de posibilidad. Es el acto de violencia expropiatoria que concentra las fuentes de riqueza común para convertirlas en medios de beneficio privado. No hay lucro sin privilegio. Y el privilegio (de la propiedad) se crea ineludiblemente por la fuerza. Eso es históricamente constatable. La historia de la muerte del puente Pescadero así también nos lo enseña. Con el puente, bajo las aguas, queda toda una vida en común que ya no puede ser vivida. El desplazamiento es violencia que fuerza a vivir de otro modo; a re-existir. Por eso la noción de fractura sociometabólica (Marx, 1867) indica no sólo el fin de algo, sino también el inicio de otra(s) historia(s); de otras formas. Las formas de las re-existencia.

4. De aprendizajes, memorias y emociones. Las energías que sostienen el (con)vivir entre las ruinas

El movimiento se organiza a principios del 2011, con el desalojo que hubo en la playa Capitán. (...) Hoy, el movimiento es mi familia; ellos son mi familia... Hemos 17 organizaciones conformando el movimiento. A mí me parece un avance grandísimo porque trabajar en colectivo no es fácil, es una tarea dura trabajar y entender a mil personas, son muchísimas gentes, muchísimos pensamientos diferentes... Pero así aprendemos. Los procesos sociales que tenemos nos dan muchísimas experiencias; aprendemos,

damos, recibimos, volvemos a dar y volvemos a aprender. Yo he aprendido demasiado de mis compañeros y compañeras, diría que muchísimo. (...)

Yo diría que el puente me genera muchas emociones...Tengo momentos que los recuerdo con mucha alegría; tengo momentos que los recuerdo con mucha tristeza; otros momentos que los recuerdo con mucha nostalgia, y también lo recuerdo con esperanza. Más que todo, lo recuerdo con amor, por toda la comida que nos dio; por todos esos momentos de existencia que tuvimos al lado del puente; por permitirnos trabajar y encontrar nuestro propio sustento. Le doy las gracias por podernos comunicar unas comunidades con las otras (...) por permitirnos mirar, observar el río desde arriba; mirar los cuerpos que bajaban; mirar los árboles que el río bajaba. (...) Yo lo llevo en mi corazón, al puente Pescadero lo llevo en mi alma, en todo (Posada Mazo, 2021)

Anna Tsing se pregunta cómo es vivir en las ruinas de los imperialismos industriales y de Plantaciones de ecologías simplificadoras (2019). Las hidrocomunidades cañoneras del Cauca bien lo saben; han aprendido a hacerlo; a vivir, sobrevivir y no resignarse al malvivir civilizatorio, generaciones tras generaciones; expropiaciones tras expropiaciones. Las comunidades cañoneras siguen ahí, re-existiendo como comunidades trashumantes de sucesivos desalojos; haciendo del *movimiento común* la fuerza del vivir entre las ruinas.

Tras haber navegado entre las historias de la colonización renovada, de constatar que el puente ha sido ahogado junto a gran parte de los bosques y de hallarnos ubicadxs entre la indignación, la incertidumbre, la duda y el deseo de quienes han decidido recuperar la esperanza para continuar su existencia como cañonerxs, nos disponemos a aprender de ellas; de su *horizonte interior*.

Las situaciones descritas nos permitieron dilucidar parte de sus movimientos en espiral: como describe Rivera Cusicanqui (2010), reactivar la memoria histórica y, a la vez, reelaborar y resignificar las crisis y los ciclos de rebelión posteriores. También, logramos entrever sus procesos simpoiéticos, ese “generar con” (Haraway, 2019), esa capacidad de establecerse y entretejerse ecológica, política y poéticamente en el cañón. Esto se hizo posible al disponer la escucha y poner algunas palabras a andar, dejar otros interrogantes, asumir los signos y los silencios de aquellos no humanos, atender al grito del puente, aceptar el dolor, las lágrimas, el nudo en la garganta, confrontar el propio discurso, manejar la respiración para no imponer una mirada y permitirle a la imaginación y al cuerpo transportarse a oler el río, resguardarse en un rancho, salir a recolectar aguacates, saborear piñuelas, acostarse en una piedra y ver pasar las guacamayas.

Participar de la mesa de estas nuevas prácticas composicionales de formas colectivas de contar historias, como describe Latour, escudriñando la división purificadora de la sociedad y la naturaleza, nos permitió escuchar la última gran tragedia.

El oído colectivo nos permitió identificar que la construcción de una identidad cañonera hace parte de esos nudos poliespaciales y politemporales. Se remonta a esa existencia precolombina y a esos primeros sincretismos, a ese gran desorden generado por la colonización y esos devastadores traslados humanos; pero, también, a esa reorganización entre mestizos, indígenas y africanos que se dispersaron a lo largo del cañón, se traslaparon entre los bosques y se amangualaron para configurarse seres anfibios con bienes en común; se organizaron entre veredas y trashumaron entre playas. Indefectiblemente, el sistema de vida anterior a la colonia, junto al ensamblaje a través de estos 500 años, conjugado con esos tres momentos/puentes, sus rechazos y reconfiguraciones superpuestas, crearon una serie de paisajes en el cañón, siendo esos lugares de lucha por muchas formas de ser, humanas y no humanas (Tsing A., 2017). Esa serie de paisajes donde se ubicó el puente estuvieron hechos en los distintos momentos de fricción/coordinación, con efectos contingentes de (re)creación de otros nuevos paisajes vitales. Esas historias tanto humanas como no humanas, nos permiten conocerlos (Tsing, 2017); nos permite dar pasos en la comprensión de la efectividad de las implantaciones capitalistas, pero también de sus fragilidades y de los procesos esperanzadores que se erigen en sus intersticios.

En estos paisajes, los puentes se convirtieron en ruinas, y esas ruinas son, para nosotros, miradores que nos permiten observar la gran transformación y la construcción de nuevos paisajes y cursos de vida. En este caso, la inundación, la amenaza a la vida, esa crisis de pérdida de la morada implantada por el proyecto, junto a los puentes sumergidos, se convierte en el mirador desde donde, como “drones del río” y del cañón, se nos permitió observar cómo emergió una reivindicación de una genealogía ancestral indígena y la apertura a considerar las huellas de africanía (Maya Restrepo, 1993; Maya Restrepo & Cristancho, 2015). También, se activaron las búsquedas y concreción por la construcción de *El refugio el Movimiento Ríos Vivos*, ese espacio de supervivencia colaborativa, donde, de manera especial las mujeres, volvieron colectivamente al tejido con telas recicladas. Con ello demostraron la capacidad de concebir y volver a los ciclos donde, a su vez,

con cada confección “revelan esa trama alternativa y subversiva de saberes y de prácticas capaces de restaurar el mundo y devolverlo a su propio cauce” (Rivera Cusicanqui, 2010, pág. 33).

También, ese refugio es el espacio para hacer posible una recuperación y recomposición biológica-cultural-política-tecnológica que incluye el duelo por las pérdidas irreversibles (Haraway, 2019). Es decir, la pérdida del puente, como espacio de conexiones vitales y como paisaje en ruina, puede cobrar vida en la coyuntura. Asimismo, de esas malezas que aparecen en el río, en el bosque, podemos escuchar sus gritos, como desafíos a la estabilidad/morbilidad capitalocénica. Atendiendo al tiempo de larga duración, en esa memoria profunda, la re-existencia es simpóiesis; es la vida misma en movimiento que se resiste a ser comprimida y oprimida en cuadrados proyectos civilizatorios. Tras cada ciclo colonizador, las hidrocomunidades han ido también encontrando formas de recrear sus paisajes de vida, en relaciones íntimas con las aguas, los bosques y las semillas.

Como describe Rivera Cusicanqui (2018), los continuos avances coloniales no han logrado la transformación de lo alter-nativo. No se deshicieron, acá, las lógicas propias ni las sintaxis enraizadas que crearon a lo largo de los siglos las hidrocomunidades ahora sometidas al encarcelamiento del río, a las grietas de las montañas, a la inundación del puente y la desaparición de asambleas enteras de seres convivientes (Tsing, 2017). Por el contrario, ante las ruinas, (re)existió la aguda capacidad de recodificar, resurgir y subvertirlo todo, no sólo las formas de intercambio del mercado liberal y de fetichización de la mercancía, sino también de espacios, como el puente, donde la propia ruta comercial se convirtió en lugar de fiesta, solidaridad, reciprocidad, lucha, asamblea y disfrute del espacio común.

Las comunidades trashumantes de la historia y la geografía, como sabias recolectoras libres, saben que no se aprende de una sola vez dónde y cómo se distinguen los frutos y las plantas; saben que los lugares deben aprehenderse y, para eso, habrán de regresar una y otra vez. Les convendrá volver a caminar el cañón -su presencia histórica- y actual en él, encontrar esas rutas tatuadas y por marcar, esos intersticios para cohabitar. Pues, no están inmunes a que su permanencia y constitución humana en el cañón esté íntimamente ligada a su vinculación interespecie. Por el contrario, una de sus mayores herencias es la

confianza en sus otras especies compañeras, co- moradoras del bosque, pues saben, han aprendido que la mutualidad y co-habitación es una regla del vivir común (Tsing, 2017).

Así, lo que ha quedado claro en estos tiempos de crisis, mortíferos y de incertidumbre, es cómo han agudizado la sensibilidad para continuar construyendo su (co/re) existencia sobre las ruinas. Del mismo modo, se destaca que esa cohabitación, ese convivir, implica una densa red de tramas vinculares, inseparablemente materiales y espirituales, principalmente afectivas, que se hacen memoria social incorporada, memoria colectiva, específicamente humana e interespecífica, que vincula existencialmente esos cuerpos a esos territorios, “sus” lugares. La afectividad -interdependencia material y emocionalidad acumulada en la memoria común- es un elemento que hace a la producción histórico-política del arraigo, del sentido de pertenencia común, recíproca, y de identidad compartida. Afectividad – arraigo, se convierte en fuerza vital de re-existencia.

Recordar con amor al puente, los cultivos, los animales y plantas, valorar la libertad de movilidad y de encuentro; las solidaridades cobijadas entre desalojos; los inter-aprendizajes y los conocimientos construidos sobre las zonas afectadas, los daños y las reivindicaciones; todo ello se convierte en factores y fuerzas de re-existencia. Vivencias, experiencias y aprendizajes que les ha salvado de caer en la desesperanza, por el contrario, les permite hacer de la lucha común su energía ecobiopolítica de re-existencia. Así, pues, todo lo que de aquí en más resurja como ensamblaje, seguirá siendo colectivo y abierto a la trama contingente del *movimiento común* de las luchas terráqueas por la subsistencia; seguirá siendo parte de una poética de la alteridad que, en el cañón del río Cauca, continúe pujando por abrirse paso entre las ruinas.

Bibliografía

- Arrojo, P. (2010) *Crisis global del agua: valores y derechos en juego*. Barcelona: Fespinal.
- Bachelard (1978) *El agua y los sueños*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Barlow, M. (2008) *El convenio azul: la crisis global del agua y la batalla futura por el derecho al agua*. Santiago de Chile: Fundación Heinrich Böll
- Brand & Wissen (2021) *Modo de vida imperial. Vida cotidiana y crisis ecológica del capitalismo*. Buenos Aires: Tinta Limón.

- Botero Arcila, S. H., Muñoz, D. P., & Ortiz Cano, A. (2011). Nuevos datos acerca del patrón funerario en el cañón del río Cauca. *Boletín de Antropología*, 203-230.
- Buitrago Londoño, A., Tovar, A. P., Mejía, E. C., Valenzuela, F., Silva Romero, R., & Bertrand, S. (2015). *Valores de nuestra historia*. Medellín: EPM.
- Burkett, P. (1999) *Marx and Nature: A Red and Green Perspective*. New York: Palgrave.
- Cardona Velásquez, L. C. (2001). *Occidente Medio Antioqueño : poblamiento antiguo, hitos culturales y construcción del territorio*. Medellín : CORANTIOQUIA; Universidad de Antioquia.
- Carrillo, M. (2010) "Energía hidroeléctrica y sostenibilidad". En *América sumergida. Impactos de los nuevos proyectos hidroeléctricos en América Latina y el Caribe*. María Fernández y Miquel Carrillo (Coords.). Barcelona: Icaria.
- Castillo Espitia, N. (1988). "Las sociedades indígenas prehispánicas". *Historia de Antioquia*, Jorge Melo, editor, 23-40.
- Comunidades pescadoras y barequeras del cañon del río Cauca. (Enero de 2020). Entrevista para la Comisión de la verdad contada por Rios Vivos Colombia. (C. Fiallo, Entrevistador, & A. Martínez Vega, Editor)
- CMR (2000) *Represas y desarrollo. Un nuevo marco para la toma de decisiones*. San José de Costa Rica: Global Water Centroamérica - Comisión Mundial de Represas.
- D'Souza, R. (2008) "El marco de la crisis hidráulica de la India: la política de las grandes presas modernas". *Monthly Review vol. 60, nº 3, julio-agosto de 2008, pp. 112-124*.
- Duque, M., & Espinosa, I. D. (1994). *Historia y cultura de la población Nutabe en Antioquia*. Medellín : Universidad de Antioquia.
- Escobar, A. (2007) *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Caracas: El perro y la rana.
- Foladori, G. (2001) "O metabolismo com a natureza". En: *Crítica Marxista*, 12 105-117. São Paulo: Boitempo.
- Foster, J. B. (2004) *La ecología de Marx. Materialismo y naturaleza*. Madrid: El Viejo Topo.
- Fernández, M. (2010) "Reseña histórica de los proyectos hidroeléctricos en América Latina". En *América sumergida. Impactos de los nuevos proyectos hidroeléctricos en América Latina y el Caribe*. María Fernández y Miquel Carrillo (Coords.). Barcelona: Icaria.
- Goubert, J. P. (1989) L'eau, la crise et le remede dans l'Anciene et le Nouveau Monde (1840-1900). *Annales ESC*, 5.
- Gras, A. (2009) "El agua al servicio del fuego". En *Estudios Culturales*, Vol. 2, N° 4, Julio-diciembre de 2009, pps.67-79. Valencia, Venezuela: Universidad de Carabobo.

- Guerrero Arias, P. (2010). Corazonar desde las sabidurías insurgentes el sentido de las epistemologías dominantes, para construir sentidos otros de la existencia. *Sophía*, 101-146.
- Haesbaert, R. (2002) "Territórios alternativos". Niteroi: Contexto.
- (2004) "O Mito da Desterritorialização: do fim dos territórios a multiterritorialidade". Rio de Janeiro: Bertrand Brasil.
- Haraway, D. (2017). Pensamiento tentacular antropoceno, capitaloceno, Chthuluceno . *Errata*, 54-97.
- (2019). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Bilbao: Consonni.
- Harvey, D. (2004). "El 'nuevo' Imperialismo: acumulación por desposesión". En *Socialist Register* N° 40, El nuevo desafío imperial. Buenos Aires: Clacso.
- Herrera Correa, C. M., & Tejada Holguin, J. A. (2018). *Recuperación histórica de la memoria del puente "Juan de la Cruz Posada" y su relevancia para los municipios de Ituango y Toledo*. Medellín : Instituto de cultura y patrimonio de Antioquia; EPM; Gobernación de Antioquia.
- Hidroeléctrica Ituango S.A. E.S.P. (2011). *Del sueño a la realidad*. Medellín: Hidroeléctrica Ituango S.A. E.S.P.
- Holdridge, L. (1982). *Ecología basada en zonas de vida*. San José, Costa Rica: Instituto Interamericano de cooperación para la agricultura.
- Latour, B. (2017) *Cara a cara con el planeta*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Luxemburgo, R. [1912] "La Acumulación del Capital", Edicions Internacionals Sedov, www.grupgerminal.org
- Marx (1867) *El Capital*. En www.marxists.org
- Machado Aróz, H. (2010)A "Agua y Minería Transnacional. Desigualdades hídricas e implicaciones biopolíticas". Revista Proyección N° 9, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, diciembre de 2010. Págs. 61-90.
- (2010)B "La naturaleza como objeto colonial". *Onteaiken* N° 10, Boletín sobre Prácticas y Estudios de Acción Colectiva., Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, noviembre de 2010. Págs. 35-47.
- (2014) *Potosí, el origen. Genealogía de la minería contemporánea*. Buenos Aires: Mardulce.
- (2015) "Marx, (los) marxismo(s) y la ecología. Notas para un alegato ecosocialista". Revista GEOgraphia, Vol. 17, N° 34. Universidade Federal Fluminense. Pp. 09-38.

- (2016) "Ecología Política de los regímenes extractivistas. De reconfiguraciones imperiales y re-existencias decoloniales en Nuestra América. Revista Bajo el Volcán, vol. 15, N° 23, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, pp. 11-51.
- (2017) "Extractivismo minero y fractura sociometabólica. El caso de Minera Alumbreira Ltd., a veinte años de explotación". (En colaboración con Leonardo Rossi) RevLISE | Vol 10 Año 10 , UNSJ. pp. 273-286
- (2020) "La minería colonial y las raíces del Capitaloceno: *Habitus* extractivista y mineralización de la condición humana". *Ambientes*, Revista de Geografía e Ecología Política, Volume 2, Número 1, 2020, pp. 65-97
- Maya Restrepo, A. (1993). Las Brujas de Zaragoza: un caso de resistencia y cimarronaje cultural en las minas de Antioquia (1619-1622). En A. Ulloa, *Contribución Africana a la cultura de las Américas. Memorias del coloquio contribución africana a la cultura de las Américas* (págs. 255-266). Bogotá: Proyecto Biopacífico; Instituto Colombiano de Antropología; Colcultura.
- Maya Restrepo, A., & Cristancho, R. (2015). *¡Mandinga sea! Africa en Antioquia*. Medellín: Ediciones Uniandes.
- Múnera López, L. F. (2018). *El puente de occidente y la integración de Antioquia*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Minas.
- Ortiz Mesa, L. J. (2008). Antioquia durante la federación 1850-1885. *Anuario Historia Regional Y De Las Fronteras* , 1-22.
- Polanyi, K. (2007) *La Gran Transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Porto Goncalves, C. (2002) "Da Geografia às Geo-Grafias. Um mundo em busca de novas territorialidades". En *La guerra infinita. Hegemonía y terror mundial*, Sader, E. y Ceceña, A. (Orgs.). Buenos Aires: Clacso.
- (2006) "A Reinvenção dos Territórios: a experiência latino-americana e caribenha". En *Los desafíos de las emancipaciones en un contexto militarizado*, Ceceña, Ana E., (Coord.). Buenos Aires: Clacso.
- Posada Mazo, E. (2021). Dialogo sobre el puente Pescadero. (A. Martínez Vega, & H. Machado Aráoz, Entrevistadores)
- Rist, G. (1996) *Le développement. Histoire d'une croyance occidentale*. París: Fondation Nationale des Sciences Politiques.
- Rivera Cusicanqui, S. (2010). *Ch'ixinakax Utxiwa. Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Buenos Aires: Tinta Limón.

- (2018). *Un mundo Chíxi es posible. Ensayos desde un presente en crisis*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Sacher, W. (2016) "La fractura metabólica de J.B. Foster: ¿qué aportes para una teoría ecomarxista?". En *Actual Marx Intervenciones* N°19. PP. 33-60.
- Santos, M. (1996) *De la Totalidad al Lugar*. Oikos-Tau, Barcelona.
- Shiva, V. (2003). *Las Guerras del Agua. Privatización, contaminación y lucro*. México: Siglo XXI.
- Souza Santos, B. (2009) *Una epistemología del Sur*. Clacso, Siglo XXI, México.
- Tamayo Belda, A. & Carrasco Vintimilla (2020) "Corrientes que convergen: el debate teórico sobre el agua. Entrevistas a Aziza Akhmouch, Jamie Linton, Naho Mirumachi y Mark Zeitoun", *Relaciones Internacionales*, n° 45, pp. 15-30.
- Tsing, A. (2011). La naturaleza en construcción. En L. Montenegro Martínez, *Cultura y Naturaleza* (págs. 195-226). Bogotá: Jardín Botánico de Bogotá, José Celestino Mutis.
- (2017) The Buck, the Bull, and the Dream of the Stag: Some unexpected weeds of the Anthropocene. *Suomen Antropologi: Journal of the Finnish Anthropological Society*, 42(1), 3–21. Retrieved from <https://journal.fi/suomenantropologi/article/view/65084>
- (2019) *Viver nas ruínas: paisagens multiespécies no Antropoceno*. Brasília: Mil Folhas.
- Vargas & Piñeyro (2005) *El hidroscoopio*. Montevideo: PNUMA.
- West C., R. (1972). *La minería de aluvión en Colombia durante el periodo colonial*. (J. O. Melo, Trad.) Bogotá: Imprenta Nacional.
- Woster, D. (2008) *Transformaciones de la Tierra*. Montevideo: Coscoroba.
- Zavaleta Mercado (1982) "Problemas de la determinación dependiente y la forma primordial". En Bruna, S. et Alt. (Ed.) *América Latina: desarrollo y perspectivas democráticas*. San José de Costa Rica: FLACSO.

Referencias

* Integrante de AMARU (Mujeres defensoras del Agua), adherida al Movimiento Ríos Vivos y Becaria doctoral Colectivo de Investigación de Ecología Política del Sur (IRES-CONICET).

** Cañonera, barequera y tejedora, integrante de AMARU y del Movimiento Ríos Vivos.

*** Colectivo de Investigación de Ecología Política del Sur – Instituto Regional de Estudios Socioculturales (IRES – CONICET – UNCA).

¹ Bejuco es una sarmentosa y trepadora, propia de regiones tropicales de tallos largos, delgados y flexibles que se utilizan en la elaboración de tejidos de cestería y fabricación de muebles y cuerdas.

² La gran presa de Asuan, construida sobre el Nilo entre 1959 y 1970, fue una de las primeras y más emblemáticas de una larga sucesión de mega-obras. Le siguieron la represa de Akosombo, en Ghana, bajo la presidencia de Kwame Nkrumah; luego, las de Kariba y de Cabora Bassa, en África del Sur. En la India, tres de las más grandes hidroeléctricas hoy existentes (Koyna, Srisaïlam y Sarda Sarovar) se construyeron en esa época.

³ Actualmente, tres de las cinco presas más grandes del mundo se localizan en la región: Itaipú (14.000 MW, Brasil), Simón Bolívar (10.000 MW, Venezuela) y Tucuruí (8.370 MW, Brasil).

⁴ A Julio de 2021, el gerente de Empresas Públicas de Medellín (EPM), Jorge Andrés Carrillo Cardoso dijo: "El proyecto va de acuerdo al cronograma, se va a terminar y tendrá capacidad de generación de 2.400 megavatios (MW). Entrará en operación en junio de 2022, con la primera unidad de operación". Consultado en <https://www.semana.com/nacion/articulo/hidroituango-vuelve-a-niveles-que-tenia-antes-de-la-contingencia-anuncia-alcalde-daniel-quintero/202151/>

⁵ La dieta se vinculaba al maíz, arroz y frijol. Usaron dos técnicas de cultivo de maíz: 1. la técnica arrojada/disperso; luego se hacía una selección de las plántulas. 2. el barbecho (rastrojo), que resulta del abandono del terreno; luego se ponen las semillas a estaca y se hace pajareo del maíz.

⁶ En el bosque, como parte del cuidado y fertilidad de la tierra, se hacían dos cosechas de maíz en un mismo terreno. Luego se abandonaba por tres o cuatro años y se buscaba un nuevo espacio para iniciar un nuevo cultivo.

⁷ Se evidencia autosuficiencia en la alimentación (maíz, frijoles, arroz, arracha, ahuyama, piña, tres especies de aguacate, rascaderas, batata y ñame. Extensiones de frutales y raíces) y cultivos extensos de algodón y fique para la elaboración textil. Estas producciones estaban a cargo del cacique Cuerquia, donde se ubicaban las plantaciones. Entre Espiritu Santo y Valdivia se explotaba el oro por los miembros del cacicazgo Taqueburi, población que desarrolló la técnica del canalón. Los recursos del bosque y la pesca eran explotados especialmente a lo largo del río Siritabe. También se dedicaban a la caza y la recolección de fibras naturales. La pesca era para intercambio con comunidades del noroccidente. A las mantas las intercambiaban principalmente con poblaciones Catia. El único alimento que no poseían era la sal. La población Tachami era la que condicionaba el ingreso de la sal para los Nutabe (Duque & Espinosa, 1994).

⁸ Durante las traslaciones y modificaciones habitacionales hacia las cuencas bajas del río Cauca y Nechi, en función del centro poblacional de Cáceres, fundado por Gaspar de Rodas, y cercano a las minas y estancias de cultivo, se produjo la mayor reducción de indígenas de la zona. Una segunda reducción fue en 1622, cuando fueron trasladados al resguardo San Pedro.

⁹ Ver Salazar, Wither Amalia. Resguardos en Antioquia. Crisis y desintegración. 1780-1850. Tesis de grado. Universidad de Antioquia Departamento de Historia. Medellín, 1994.

¹⁰ En su informe final sobre el puente Pescadero, la empresa señala: "En la década de 1840, habiendo el Gobernador de la Provincia de Antioquia fomentado la colonización antioqueña del Norte, poniendo a disposición 9.000 fanegadas de tierras baldías en Ituango (Correa Montoya, 1997:6), llegaron nuevos colonos a este territorio provenientes en su mayoría del Occidente, pero también del Norte y del Suroeste de la región, con apellidos tales (...). A partir de 1850 hay registro de "indios salvajes" de apellidos Domicó, Carupia, Utrabia, Sapia, Bailarín y Jumí (Libro 1 Bautismos Ituango 1848-1860) que también aparecen en los primeros registros parroquiales de Frontino. (...) Les tocó a estas generaciones de 1840 y 1850 la creación de la "Nueva Población de Ituango" o Distrito de Ituango, según aparece en documentos oficiales de entonces, y el establecimiento de la cabecera urbana en su emplazamiento actual (Martínez, 1985:9; Correa Montoya, 1992: 9; 1997: 12)" (Herrera Correa & Tejada Holguin, 2018).

¹¹ Rutas del conflicto. Centro Nacional de Memoria Histórica. La masacre del Aro. "Ruta a la Memoria - octubre de 1997 (Masacre de El Aro)" <https://www.youtube.com/watch?v=thx2RPjMCiE&t=7s>

¹² Se refiere al Coliseo, donde fueron "refugiados" tras la "contingencia" de mayo de 2018 y donde fueron conminados a subsistir durante un año.

¹³ El profesor Porto Goncalves nos advertía de la diferencia geopolítica que involucra la noción misma de *acumulación primitiva*, considerándola como la forma predominante en las zonas coloniales, en oposición a la “acumulación civilizada” -esa, de las formas puras de la coerción económica, de las manos invisibles y “limpias” del mercado, que no necesitan mancharse de sangre- que suele prosperar en los centros imperiales.

¹⁴ Estas conexiones vitales configuran el *modo genérico de producción social de la vida humana*, en tanto la vida social humana sólo emerge como producto de los continuos y sistemáticos flujos de intercambios de materia y energía (trabajo y nutrientes) que vinculan y conectan en relaciones de inter-dependencia existencial, a los organismos humanos (con)vivientes con el resto de seres, procesos y fenómenos que conforman la Biósfera terrestre.

Fecha de recepción: 08 de Octubre de 2021

Fecha de aceptación: 18 de noviembre de 2021



Licencia Atribución – No Comercial – Compartir Igual (by-nc-sa): No se permite un uso comercial de la obra original ni de las posibles obras derivadas, la distribución de las cuales se debe hacer con una licencia igual a la que regula la obra original. Esta licencia no es una licencia libre.

